

M. 11868

B-275

C-12
5

Biblioteca de EL TELÉGRAMA.

CUADROS SOCIALES

6

PEQUEÑAS NOVELAS

POR

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Roque Miranda Suarez
de Fuga.

CORUÑA:

Establecimiento tipográfico de Vicente Abad.

Plaza de Maria Pita,

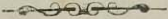
1878.



R. 11800

Esta obra es propiedad
de D. Vicente Abad, y na-
die sin su autorizacion po-
drá reimprimirla ni tradu-
cirla.

AL LECTOR.



Pobre de brillantes atavíos y desnudo de las galas que adornan la bella literatura, te ofrezco este libro con el solo objeto de que él pueda distraer tus ratos de ocio.

[No lo juzgues con severidad. Sé por el contrario indulgente y dispensa sus muchas faltas, concediéndole el único mérito de que los «Cuadros Sociales», que contienen sus páginas, son una copia exacta de lo que presenciámos todos los días.

Que le consagres tu benévola atención, es todo el premio á que aspira.

Su Autora.

MONTERREY

Librería Anticuaria
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO

ALL THE VICES

There is nothing more
to be said of this
book, but it is a
very good one, and
it is well written.
It is a very good
book, and it is well
written. It is a very
good book, and it is
well written. It is a
very good book, and
it is well written.

— A. J. J. —

CUADROS SOCIALES.



CUADROS SOCIALES

PREMIO Y CASTIGO.

I.

Las diez acaban de dar en los relojes de la coronada villa.

Es una deliciosa noche de estío clara, límpida, serena.

La naturaleza se muestra exuberante de galas, y el cielo en armonía despide la melancólica luz de su argentada luna, iluminado ésta; la frondosa arboleda del paseo de Recoletos.

Forzoso es que allí penetremos en una elegante aunque sencilla casa.

Dentro ya, lleguemos hasta un gabinete, donde postrado en su lecho, se halla un hombre,

no anciano pero si demacrado por los sufrimientos, por lo que parece próximo á comparecer ante el eterno Juez.

A su lado está un caballero que se esfuerza en animarlo con una mentida esperanza, y en la inmediata sala una anciana, antigua criada de la casa, distrae con un libro piadoso á una niña de corta edad, en tanto presta atencion al más mínimo rumor que pueda llegar hasta ellas.

—No se haga V. ilusiones, dice el enfermo á su amigo: ésta máquina dejará de funcionar muy luego; pues no hay ya remedio para ella.

—Aunque así sea, en lo cual no estoy muy conforme, dichoso V. que vé en este momento limpio y sin mancha el cristal de su conciencia!

—Todos tenemos algo de que arrepentirnos cuando llega la hora de la partida, repuso el enfermo; sin embargo, continuó diciendo, creo haber cumplido los preceptos de Dios, y creo tambien no haber cometido grandes faltas durante mi paso por éste miserable mundo.

No es el temor, pues, de la cuenta que tengo que rendir al Ser Supremo el que me hace sufrir moralmente.

Es algo que dejo en éste mundo, que no puedo llevar conmigo.....

Esta última palabra fué casi cortada por los sollozos del enfermo.

—Ah! exclamó D. Alvaro, éste era el nombre de su amigo, siempre la idea de esa niña. Ya sa-

he usted, prosiguió, lo que á cerca de ella le tengo dicho más de una vez.

Ella hallará en mi un segundo padre, caso de que llegue á ser una verdad el triste presentimiento de usted.

—Sí, D. Alvaro; solo en V. he pensado para que me sustituya, ya que su pobre madre no me ha sobrevivido, para velar, cariñosa, su existencia.

Por este concepto muero tranquilo, pues acepto desde luego los generosos ofrecimientos de usted.

Lo que ántes de ahora he dicho á V. acerca del capital que forma el patrimonio de mi hija se lo repito hoy:

Nada de negocios, nada de especulaciones en que pueda arriesgarse todo. Si V. halla un hombre honrado que le dé su mano y su nombre, le entrega su fortuna, y la mision de usted queda terminada.

Hasta entónces, creo tendrá bastante Virginia para sus atenciones con el producto de ese mismo capital.

II.

Al día siguiente de este diálogo los pálidos rayos de la luna que penetraban por una ventana de la casa, se confundían con las mortuorias luces que rodeaban el féretro donde descansaba el padre de Virginia, Conrado Sandobal.

Todo había terminado.

¶ Su amigo Alvaro, y varios caballeros, amigos también de aquél, velaban el último lecho que le servía de descanso.

III.

Virginia que contaba entónces diez años, comenzaba el segundo periodo de su vida en la casa de su nuevo padre D. Alvaro Peñaranda.

Este señor tenía una hermana llamada Rita, y ámbos se constituyeron al cuidado de aquella.

Virginia halló, en verdad, el más cuidadoso desvelo y el cariño más solícito.

Dejemos, pues, que D. Alvaro se entregue á los azares de la política, á la que consagra su pluma, y veamos como Virginia unida á Rita, va llegando á los albores de la juventud, abis-

mada en las más devotas prácticas de la religion cristiana.

Rica de santas creencias, pura, virtuosa y recogida, apenas cruza otras calles, que las inmediatas al cercano templo.

Obediente y sumisa á lo que se manda, es un verdadero ángel del hogar.

Los halagos de la sociedad elegante, le son desconócidos al llegar á la edad más hermosa de la vida: los quince años.

Estos son los que cumple Virginia el día que sostienen el siguiente diálogo, D. Alvaro y su hermana Rita:

—Es imposible mi estancia aquí, dice aquél la lucha política comienza y yo me hallo muy comprometido.

Ayer, un íntimo amigo me dijo en confianza, que debía emprender un viage al extranjero para evitar se me imponga muy luego un forzoso destierro.

Llegó, pues, el momento de la separacion que tu temías; y ántes, Rita, debo hacerte una terrible confesion.

El capital perteneciente á esa de desgracia huérfana, que me confió su padre al morir, no existe ya. Estóy abrumado por la vergüenza y el deshonor.

He faltado á los sagrados juramentos pronunciados ante un lecho de agonía, y ésto me obliga á huir lejos, muy lejos de aquí, para dedi-

carme al trabajo, á cualquier trabajo, por el cual pueda recuperar el patrimonio que de ese ángel de bondad he malgastado, y presentárselo el dia que lo reclame ó se case, ó á morir olvidado distante de mi pátria y de mi familia, si la suerte me es contraria

—¡Qué horrorosa desgracia! exclamó Rita. ¿Cómo has podido hacer uso de un dinero que no era tuyo?

¿Porque no me has dicho esto mismo ántes de ahora, para evitar el baldón que hoy pesa sobre tu nombre? ¿Cómo no detuvo tu mano el recuerdo de una santa amistad?

Este golpe me llevará al sepulcro seguramente.

Tú huyes, pero yo quedo para enterar á esa inocente niña de tu proceder y para oir sus justísimos lamentos, y esto no podré resistirlo sin sucumbir de vergüenza. ¡Qué Dios guie tus pasos!—

El único consuelo de Rita era el llanto, pero este no era suficiente á remediar la crítica situación en que quedaban ella y Virginia.

La pasión política de su hermano lo había arrastrado hasta el extremo de olvidarse de todo, perdiendo á la par que una fortuna, su honor.

La fuerte oposición que hacía al Gobierno por medio de la prensa en escritos clandestinos y hasta valiéndose de Diputados amigos y correligionarios que secundaban en las cortes sus

propósitos, lo habían conducido á aquel estado.

Se despidió, al fin, de su hermana y de la huérfana, sin ser posible les dijera á donde se derijía, por más que se lo suplicaron.

IV.

Ocho días después de la marcha de D. Alvaro Rita, sentada frente á Virginia, le decía á esta:

—Apénas me atrevo á comunicarte lo que te he indicado.

—¿Tan grave es? preguntó Virginia.

—Gravísimo, como que de ello depende tu presente y tu porvenir, contestó Rita.

¿Oirías con calma, continuó, que toda tu vida tenías que pasarla dedicada al trabajo para sostenerte, porque tu patrimonio había desaparecido?

—Me resignaría á mi suerte, repuso Virginia. Me acordaría, prosiguió, de los muchos infelices que están sujetos á igual desgracia; y si Dios me daba salud y me conservaba el cariño de ustedes, me creería feliz.

—Eres un ángel de bondad, dijo Rita abrazándola.

¿Y no maldecirías la mano que arrebatára tu dicha?

¿Le otorgarías tu perdón?

—Si, señora, porque en esta vida el castigo de un delito está en la conciencia del que lo comete; en la otra está reservado el derecho de aplicarlo á *Aquel* que nos ha de juzgar á todos.

—Concede entónces tu generoso perdon á mi hermano, que es el que ha faltado á sus deberes, á su palabra á su honor y ha olvidado los más santos juramentos y las más sagradas obligaciones al hacer uso de la herencia que tu buen padre le confió.

Si esto se sabe, Virginia, y como es natural á mi hermano se le juzga cual merece, yo no podré sobrevivir á tal disgusto.—

Para Rita, que era mística hasta la exagejacion, si cabe, la falta de un hermano le parecía imperdonable ante Dios y ante los hombres.

—¿Y porque se ha de saber? repuso la buena Virginia. Ni V. ni yo lo hemos de refirir á nadie; y estando como está distante de aquí D. Alvaro, no es posible se conozca el hecho que usted tanto lamenta.

—¡Cuan noble eres Virginia, prorrumpió Rita abrazando á la huérfana!

Dios premiará tu bondad porque eres digna de ello.

A fin de evitar preguntas acerca del paradero de mi hermano, he resuelto marchar al Escorial y que allí pasemos una temporada, si te parece bien.

Ya sabe usted, señora. que su gusto es el mio, contestó Virginia.

—Gracias, hija mia, gracias.—

V.

Pocos dias después, Rita y Virginia pisaban el poético aunque agreste sitio del Escorial.

Allí solas, separadas del bullicio de la Corte, pasaban una y otra la mayor parte del dia, en aquel grandioso Monasterio, entregadas á la oracion.

La suerte, empero, se cansó muy luego de ser propicio para ellas, pero sobre todo para la inocente Virginia, á la que le estaban reservados dias de grandes infortunios.

Al año de su estancia en el Escorial, una aguda enfermedad privó de la vida á Rita, quedando Virginia abandonada á si misma, sin padres, sin tutores, y lo que es peor, sin su fortuna.

Rita tenía dos sobrinos, tambien huérfanos, y tan pronto supieron su fallecimiento, se presentaron á recoger, como herederos suyos lo poco que aún poseía aquella.

¡Pobre niña! Ten fé, que ella es el áncora salvadora de los desgraciados en el revuelto mar de la existencia.

VI.

Virginia resolvió volver á Madrid y presentarse á la última portera que allí había tenido aquella familia, y pedirle que la admities en su casa, en tanto no encontraba donde trabajar ó servir.

Mercedes, que así se llamaba la portera, admitió desde luego á la pobre Virginia en su reducido cuartó, prodigándola, llena de compasión, los mayores cariños y cuidados.

Un dia dijo Mercedes á Virginia:

—Ya sabe V., señorita, el gusto con que parto con V. lo poco que el Señor me ha dado, pero conozco que lo pasa V. mal, y ya que su deseo és trabajar, voy á proporcionarle á V. una colocacion.

Conozco una jóven que cose en un taller de modista, y está en la actualidad bastante enferma. Quiera Dios que me equivoque, pero creo se morirá.

El puesto de ella lo puede V. ocupar ahora, y si mejora, vuelve V. á dejárselo, pero mientras tanto puede V. ganar alguna cosa.

Vamos, pues, á ver la enferma y con eso se informará V. mejor de todo.

Aquella misma noche Virginia y Mercedes se

dirijían á la calle del «Caballero de Gracia» donde vivía la enferma.

Allí, en la modesta habitacion de una boardilla, se hallaba en cama una jóven como de la edad de Virginia;

Su rostro y su voz dejaban adivinar cual era su padecimiento: -a tísis.

Al revelarle Mercedes el motivo que allí las llevaba, lo que parecia madre de la enferma, que tampoco era más que protectora, alentó á Virginia diciéndola:

—Si, hija mia. Mañana iremos al taller, pues Filomena no está para trabajar en mucho tiempo, y además necesita reponerse.

—¡Como quieren engañarme! exclamó desde su cama la enferma! Usted, jóven, continuó dirijiéndose á Virginia, trate de trabajar bien, y tendrá casa para mucho tiempo, porque yo.... moriré pronto, añadió mirando á su bien hecha y dando un suspiro.

¡Cuando podría yo pagarle si viviese, tanto como le debo!

—Siembre con lo mismo, dijo la que cuidaba de la enferma.

—Callaré! murmuró ésta, dejando caer sobre la almohada su cabeza, que había erquido unos instantes.

Virginia y Mercedes salieron de allí con el alma contristada.

Al dia siguiente entraba aquella, como oficia-

la, en un elegante taller de la calle de Alcalá. La infeliz Uirginia daba otro paso más en su carrera de infortunios.

VII.

Seis meses hacía que Virginia se hallaba colocada como oficiala de modista cuando un día fué elejida, entre las demás del taller, para salir á probar un vestido á una señora que vivía en la calle Mayor.

Tan pronto entró en la casa de ésta, juzgó, por el decorado de las paredes y por la alfombra que cubría su pavimento, que la señora á quién iba á probar el vestido debía poseer una gran fortuna.

Introdudida en uno de los gabinetes que daban al salon principal, se presentó á su vista la dueña del vestido, que en verdad era hermosa y elegante, sin embargo de que debía estar próxima á cumplir cincuenta años.

Transcurridos algunos instantes, durante los cuales Virginia probaba el vestido á la señora, ésta comenzó á mirarla de una manera que parecía querer recordar su fisonomía ó hacerle alguna pregunta que le interesase.

Y no se engañaba Virginia puesto que la se-

ñora dió principio muy luego á las siguientes preguntas:

—¿Hace mucho tiempo que está V. en esa casa como oficiala?

—Seis meses, señora.

—Ganará V. poco.

—Para mí, lo bastante, sintiendo solo no poder ofrecer algo más á la que hoy es mi madre adoptiva.

—¿Y no le sería á V. mejor servir de doncella en una buena casa?

—Tengo recelo de no saber desempeñar bien mi puesto, sobre todo si hay mucho que planchar.

—Por eso no, porque yo podré proporcionar á V. una casa donde no planchará ni coserá más que lo que buenamente pueda en los momentos desocupados.

Hay en ella varias señoritas, y la señora lo que desea es encontrar una doncella formal que las acompañe á misa y á casa de alguna amiga y que sepa lo que se refiera al cuarto tocador.

Se le tratará á V. bien en todos conceptos, se le darán de salario doce duros mensuales, sin que tenga V. que gastar mucho en vestir porque además hay regalos con bastante frecuencia.

Usted dirá si le convienen dichas proposiciones.

—¿Y que casa es esa, señora? preguntó Virginia con admiración.

—La mia, repuso la señora.

Una halagüeña esperanza cruzó en aquel momento por la imaginacion de Virginia.

Con tantas ventajas podré llevar á mi protectora, se dijo á si misma, casi todo mi salario, y recompensarla en parte los beneficios que me ha hecho.

Después de un breve silencio contestó:

Mañana, señora, daré á V. razon si acepto ó no, pues tengo que consultar lo que V. me propone.

—Está bien; pero tiene que ser mañana, añadió la señora, porque de no venir usted, preciso que entre otra.

—No faltaré, señora. —

Virginia no dijo nada á las comprñeras del taller, pero en su casa si, comunicándole todo á su protectora.

—¿Y no sabe V. quién es esa señora, le preguntó Mercedes?

—No sé sinó que es una casa grande y de lujo á juzgar por lo que vi. A una compañera del taller le pregunté quién era, y me contestó no sabría por ser la primera vez que le cosían allí, habiendo ido ella misma en coche á llevar el corte del vestido que le estaban haciendo.

—¿Y está V. decidida á entrar de doncella?

—Si, señora, pero siento que V. no pueda acompañarme hoy por estar desgraciadamente mala

Es tan urgente la contestacion.

—Vaya entónces usted sola, y tan luego mejor ire á ver á V. y á esa señora.—

Al otro dia Virginia envió un recado al taller diciendo le dispensáran el que no fuera durante una semana, por haberse indispuerto y no saber si la enfermedad sería corta ó larga.

Segidamente abrazó á Mercedes y salió de su casa con direccion á la de la señora á quien iba á servir.

VIII.

Virginia fué admitida como doncella en la casa de la señora de....

La familia de ésta se componía de dicha señora y cuatro jóvenes, cuya belleza era envidiable

El dia de su entrada lo pasó Virginia perfectamente, pero al llegar la noche comprendió el lazo en que había caído.

Sus sospechas, empezaron al ver entrar algunos jóvenes que tan pronto se presentaban en la sala principal, tomaban asiento y llamaban á las señoritas de la casa con mucha confianza ó poca consideracion y respeto. Sólo uno de los concurrentes guardaba silencio y compostura, cosa bien extraña, visto lo que los otros hacian.

Mientras en la sala tanían lugar escenas que no debemos describir, Virginia increpaba á la señora de una manera merecida, por haberla engañado miserablemente.

—No tiene V. ningun derecho la decia á retenerme en su casa.

Las galas con que V. quiere alucinarme, guárdelas V. para quien aspire á ganarlas deshonradamente.

Si no me deja V. salir ahora mismo, daré voces y llamaré en mi auxilio á cualquiera que si es caballero sabrá defenderme.—

No bien hubo acabadó de pronunciar éstas últimas palabras, penetró en la habitacion donde estaban Virginia y la dueña de la casa, el jóven que hemos calificado de diferente modo de pensar que los demás contértulios. Y dirigiéndose á la señora lá dijo:

Estoy de parte de esta jóven, y por tanto, añadió, no puede V. obligarla á que permanezca un momento más á su lado.

—Es que esta chica ha entrado hoy en mi casa para servirme en concepto de doncella, aceptando las ventajosas proposiciones que le hice ayer, y su deber es parmanecer aquí, sobre todo esta noche, contestó la señora.

—He aceptado ciertamente sus proposiciones y he venido tan presto, replicó Virginia, creyéndola á V, una verdadera señora. No siéndo:

la como no la es. mi compromiso queda roto y yo en libertad de marchar á mi casa.

—Venga V. conmigo, dijo el jóven á Virginia, ofreciéndola su brazo.

Virginia, sin detenerse, tomó inconscientemente el brazo del desconocido y bajó con él las escaleras.

Al llegar á la calle se hizo cargo del paso que acababa de dar, y fijándose en el jóven que con tanto interés la había defendido y sacado de aquel lupanar, le preguntó:

—¿Podré saber, caballero, á que sentimiento responde tan generosa proteccion?

¿Es tal vez un nuevo engaño?

—Al sentimiento del honor y á mi deseo de borrar con una accion buena el recuerdo de otra mala contestó aquél.

Me halló V. en mala ocasion para que pueda juzgarme bien y por lo mismo no estraño su pregunta.

¡Ah! muchas veces se busca la orgía para no sentir en ella los dolores del alma, y muchas se encuentran allí por casualidad como en medio del fango una perla perdida.

Para redimir un alma es inútil vagar bajo las augustas bóvedas del templo.

Crea V. mis palabras y concédame la gracia de que la vea en su casa, segura de que la amistad que me permito ofrecerle en este momento, es la más sincera y pura.

Había al parecer tanta verdad en el acento de aquél jóven, y por otra parte la deuda que con él había contraído Virginia era tan grande, que ésta á pesar de su timidez, se atrevió á darle las señas de su casa.

Llegada Virginia á ella, Mercedes la recibió con alegría y oyó con asombro cuanto le refirió acerca de los sucesos de aquel desgraciado día, concluyendo por derramar una y otra copiosas lágrimas.

IX.

Al otro día Virginia asistió á su taller, y al volver de él halló al lado de Mercedes á su desconocido protector.

Después de los saludos de ordenanza dijo éste á Virginia.

—Acabo de manifestar y vuelvo á repetirlo ahora, que hay ocasiones en que una casualidad marca al hombre la ruta de su destino.

Tal ha sido Virginia aquella en que ví á usted por primera vez la otra noche, y me lisonjeo de haberme podido mostrar abiertamente, el defensor de una virtud que admiro y respeto.

La enérgica resolución adoptada por V. la otra noche, continuó el desconocido, me ha hecho comprender que no es V. una mujer vulgar y

que sus antecentes la hacen digna de unir su nombre á otro nombre, por más noble y distinguido que sea

Esta conviccion fundada en aquel solo hecho, me basta para creer á V. merecedora de todo, y desde luego referir á V. la historia de mi vida, ántes de manifestarle lo que siento.

Tal satisfaccion la creo justa y hasta precisa, porque guardando yo silencio acerca de los motivos que me arrastraron al sitio donde nos hemos encontrado, dudaría usted con razon de la rectitud de mis intenciones y de.....

—Puede V. hablar le interrumpió Virginia.

—Ya que V. me concede su permiso, la molestare breves instantes con el relato de tristes sucesos.

—«Mi padre hijo de un valiente y noble militar, no quiso seguir ninguna de las tres carreras que comenzára, desagradando por este motivo al autor de sus dias.

Al verse jóven, se decidió á aceptar una plaza de escribiente de poco sueldo que se le ofreció por el Gefe de una oficina del Estado.

Al mes de estar colocado, contrajo matrimonio con una señorita tan pobre como él, sin pensar entónces en el porvenir.

Como por solo amor se habian unido, al tocar la realidad que ocasiona la familia, y al verse sin recursos para satisfacer sus necesidades

más apremiantes, lamentó (ya era tarde) el verse sin una carrera concluida.

Contaba entónces cuarenta años, y no sabiendo de donde sacar dinero para atender á los más indispensables gastos de la casa, se decidió á marchar á la Habana, siguiendo los consejos de un amigo que le ofreció recomendaciones bastantes para ser colocado tan pronto llegára allí.

Antes de embarcarse quiso conocer á un pariente que tenia en Lisboa, y partió con direccion á ésta capital con la idea tambien de tomar pasaje en aquel puerto.

Su pariente lo recibió con agrado y le obligó á permanecer en su compañía por algun tiempo.

En este intermedio llegó para mí y para mi pobre madre, el fatal dia de ser sorteado con motivo de una quinta extraordinaria que acababa de decretar el Gobierno.

Como yo era sumamente corto de vista, me creía exento de tener que tomar el fusil, pero no fué bastante este defecto físico y fuí declarado soldado, á pesar de cuanto se alegó para conseguir la exencion.

Escuso decir á ustedes cuan grande sería la pena de mi madre.

Como no hay nada en el mundo que iguale al cariño de éstas, la mia, en el deseo de ver si podía librarme por medio de la redencion, escribió inmediatamente á mi padre que aún se hallaba en Lisboa, no refiriéndole lo ocurrido conmigo,

Nada podía hacer el infelíz, porque solo había podido reunir con harto trabajo, lo preciso para marchar á Cuba.

Más la Providencia veló por él y por mí.

La casualidad le había proporcionado que en un teatro de Lisboa conociera á un español de carácter bastante franco, con el que había simpatizado.

El dia que mi padre recibió la noticia de que yo estaba declarado soldado, halló á aquel y le refirió lo que le sucedía.

Apénas se enteró de ello dijo á mi padre:

—«No se apure V. amigo mio: tan rico seré despojándome de la cantidad que V. precisa, como poseyéndola.

Alguna buena obra se ha de hacer en este mundo.

Venga usted, pues, á mi casa y le daré lo suficiente para librar á su hijo.—»

Este generoso rasgo, que fué aceptado sin titubear, me permitió continuar al lado de mi familia.

Mi padre se embarcó á los pocos dias para América.

Al despedirse de su generoso amigo, le entregó á éste un pagaré como garantía de la suma que le había facilitado. Él en cambio le dió un pliego cerrado á condicion de que no le abriera hasta que se hubiese embarcado.

Cerca de mi casa vivía una chica hija de un

honrado artesano, de la cual me había enamorado con pasión.

Mi poca edad y la diferencia de clase, sirvieron de pretexto al padre de ella y á mi madre para que se opusieran á nuestras relaciones. La pasión que existía en ambos y la falta de recursos para realizar nuestro matrimonio, nos hizo pensar en el abandono del hogar paterno y dirigimos á Leon, para acojernos allí á una parienta que aprobaba nuestras relaciones.

Una noche la arrebaté, al fin, del lado de su padre, y sin decir nada á mi madre emprendimos la fuga como unos criminales, sin pensar en nadie más que en nosotros mismos.

Descubierto el rapto, el padre de ella acudió al telégrafo y á la autoridad civil dando parte del suceso; y dadas las órdenes convenientes fuimos descubiertos y conducidos á nuestros respectivos hogares.

La vergüenza nos hizo permanecer ocultos de las miradas todos por algunos dias, pareciendo á nuestros padres que todo había terminado.

Uno y otro ofrecimos á nuestros padres dejar de amarnos y por tanto no volvernos á hablar.

Al mes de este acontecimiento desapareció ella de nuevo, siendo inútiles, entónces, las pesquisas que se practicaron para hallarla.

Yo al poco tiempo embarqué para Cuba llamado por mi padre, que me recibió y trató con la mayor severidad.

Por ésta época llegó á Cuba, procedente de Santo Domingo, un tio de mi padre al que creíamos muerto.

Era ya muy anciano, y aunque iba allí precisamente por ver si mejoraba de la tenaz enfermedad del asma que padecía, rindió su justo tributo á la muerte dejando á mi padre heredero de todo lo suyo.

La salud de éste tambien se había resentido en aquel ardiente clima, y los médicos le aconsejaron que volviese á España.

No lo realizó tan pronto como debiera por atender á vários negocios de que esperaba alcanzar grandes productos, y cuando al fin se decidió á abandonar aquel pais y volver de nuevo á embarcarse para España, ya estaba sumamente delicado. Sus padecimientos se agrabaron á bordo.

A la mitad del viaje se sintió muy malo, y cuatro dias antes de llegar el buque al puerto de Cádiz espiró, teniendo yo que pasar por el doble sentimiento de ver arrojar su cuerpo al mar.

El dia ántes de su muerte me llamó á su camarote y me dijo con todo su pleno conocimiento:

«Conozco que he de dejar de existir ántes de saludar el sol de mi querida pátria.

Oye, pues, con la mayor atencion mi último encargo.

Vela por tu madre, á la que debes mucho: sé

PREMIO Y CASTIGO.

el padre de tus hermanos, sé honrado y no destruyas en calaveradas el regular capital que os dejó.

Cásate con una mujer virtuosa aunque sea pobre, porque las riquezas por si solas no constituyen la felicidad.

Cuando yo muera abre este pliego que desde ahora te entrego y trata de cumplir lo que en el se consigna. Es un compromiso sagrado.»

«Así lo haré padre mio.»

«Si éres bueno que Dios te bendiga....»

Estas fueron sus últimas palabras.

Su tumba, que como he dicho, tué el mar, envolvió en su seno los restos de mi infeliz padre; sus funerales, el ronco bramido de las olas; por eso yo me descubro siempre que la veo, para saludar el panteon del autor de mis dias

Durante mi larga ausencia, he tenido recuerdos que han sido para mis horas de verdadero tormento.

La memoria de una mujer venía siempre á acibarar los gratos momentos de cualquier átomo de felicidad que disfrutára, representándose entregada á la crápula y al desórden.

Mi conciencia me imponía el deber de buscarla y arrancarla de los brazos del vicio, si efectivamente estaba en medio de él.

Várias han sido mis investigaciones en los sitios como aquel donde nos hemos conocido. ¡Po-

bre joven! tal vez ha muerto de miseria conservando su pureza.....

Hasta llegar á la corte no quise abrir el pliego que mi padre me entregára en su hora postrera.

Verifiquélo al fin hace unos dias y he aquí su contenido:

—«En cambio del que V. llama favor, le suplico proteja á la huérfana Virginia Sandoval, en cualquiera circunstancia desgraciada en que usted la halle.

Alvaro Peñaranda.»—

Y más abajo lo siguiente:

—«Juro cumplir religiosamente este encargo, como asimismo pagar los seis mil reales que debo á este caballero, tan pronto mejore de situacion.

Dionisio Valdemoro.»—

Virginia y Mercédes lanzaron un grito de sorpresa al terminar el joven desconocido la lectura de aquellas líneas, mirándose una á otra y dudando de lo que acababan de oír.

—No extraño la admiracion de ustedes dijo aquél.

La Providencia me ha colocado frente á usted, continuó dirigiéndose á Virginia. para llenar cumplidamente la oferta de proteger y satisfacer tambieu las exigencias de mi corazón.

La eleccion, está, pues, hecha.

—Virginia, suplico á V. me dispense la honra de aceptar mi mano, si es que no la tiene us-

ted ofrecida á algun hombre más digno que yo.—

Si la sorpresa de aquellas había sido grande momentos ántes, mayor fué, como era de suponer al oír la inesperada proposicion del que cual ángel bueno había entrado por las puertas de su casa.

Aurelio, que este era su nombre, fué simpático á Virginia desde el instante que la vió por primera vez, y recordando su noble proceder de aquella noche, no yaciló en corresponder al amor que le ofrecía.

Esta vino en conocimiento de que el desgraciado D. Alvaro había partido para Lisboa al separarse de su hermana y de ella; y guiada por sus bellos sentimientos, pensó si aún estaría allí y si se hallaría pobre y arrastrando una miserable existencia.

En el corazon generoso de Virginia, vibró un eco de compasion hácia aquel que tanto mal le había hecho y que tan mal había cumplido los deberes de la amistad.

Pocos dias antes de su boda, que ya se acercaba, Virginia quiso ver á su buena amiga la enferma para comunicarle su dicha.

Filomena se alegró en extremo al oirla y la dijo:

—Dios recompensa tus virtudes, Virginia: yo en cambio sólo espero, como único bien, la

muerte, y más allá de la tumba el perdón, si Dios me lo otorga, como confío.

—Así que me case, tendré el gusto de presentarte á mi esposo, dijo Virginia con acento de júbilo.

—Si no es pronto, llegará tarde para que yo le conozca, respondió la enferma.

—¿Por qué no has de tener esperanzas de vivir mucho tiempo?

—Ninguna tengo, porque cada día que pasa, Virginia, siento se apresura el término de mi vida.—

Virginia se despidió de su amiga besándola en la frente, que ardía por la fiebre y la consunción y diciéndola:

—Aún he de verte venturosa.

—No en la tierra respondió tristemente Filomena.—

Llegó, al fin, el día anhelado en que Virginia pronunció ante el altar el sí que le unía á Aurelio para siempre.

Al regresar de la sagrada ceremonia se halló con un aviso de Filomena en que le suplicaba fuese á recibir su último adiós.

Sí, contestó para sí Virginia, iré á verla con Aurelio; y dirigiéndose á él le manifestó su deseo de que fuera con ella á visitar á la que llamaba su mejor amiga.

Los novios, salieron con dirección á la casa de Filomena.

—Ya llegan ustedes tarde si es su deseo de ver á la enferma, les dijo una mujer que se hallaba en la puerta. Hace un momento que está con Dios.—

Penetraron, no obstante, en el sencillo y modesto aposento donde descansaba en el lecho el inanimado cuerpo de aquella cuya alma había volado hácia el Cielo.

—Murió como una santa, dijo el sacerdote que aún estaba allí.

El Señor la habrá recibido indudablemente en su mansion.

—Voy á contemplarla por última vez, exclamó la cariñosa Virginia, y acercándose al lecho y descubriendo aquel rostro velado por un pañuelo, la besó en la frente.

—¡Es ella! oyó decir Virginia á su esposo al mismo tiempo que éste se arrodillaba y oraba.

¡Es ella! volvió á decir Aurelio al ponerse de pié!

—¿Quién? le preguntó Virginia.

—La mujer que he buscado tanto tiempo. La mujer que sin pensarlo conduje á la miseria.

¡Pobre Filomena, en que estado te hallo!—

Y volviéndose á Virginia la dijo:

—Dispénsame si ves que vierto por ella una lágrima, no de amor, sino de arrepentimiento y compasion.

Es una verdad innegable que no se puede llegar á la dicha por la senda del error.

¡Dios nos perdone á ambos!

Repuesta Virginia de su sorpresa dijo á su esposo:

—Aún guarda la religion algo para nuestros queridos muertos.

Oremos, pues, por ella y honremos su tumba en nombre de la más sincera amistad.—

Al otro dia Virginia y su esposo se hallaban en el cementerio de San Luis, en el momento que iban á depositar el cadáver de la infeliz Filomena en un nicho que aquellos habían adquirido para ella, además de costearle su entierro.

Descubierto aquel mientras el sacerdote y concurrentes rezaban un responso por el alma de la que ya no existía un hombre de los que se hallaban encargados de cuidar los jardines de dicho cementerio, fué acometido de un ligero accidente que le privó unos instantes del conocimiento.

Al fijarse Aurelio en él, reconoció que era el padre de la pobre Filomena.

Vuelto en sí, vertió copioso llanto apoyada la cabeza en la columna que quedaba frente al nicho de su hija, pues ya se había depositado en él.

Acercándose Aurelio á él, le saludó afectado.

El desgraciado padre de Filomena reconoció también á aquel, y al saber que había costeado el entierro de su hija, depuso todo su enojo hacia él, por haberse mostrado digno de su apre-

cio ed aquel msmento, cumpliendo con la gran obra de misericordia: «Enterrar á los muertos.»

Despues de unos momentos de silencio aquel honrado honrado hombre exclamó al fin:

«Ningun resentimiento tengo de usted.

Mi hija fué la que, estando como estaba educada en una sana moral, jamás debió acceder á las sugestiones de usted.

Dios la ha juzgado ya y yo la perdono como perdono á V. que honra sus cenizas.

¡Cuánto habrá sufrido desde que se apartó de la senda del bien!—

Entónces Aurelio le tranquilizó diciéndole, que la portera le habia manifestado como Filomena llegára una noche á su puerta implorando una limosna, y que al referirle su historia, la buena mujer condolida de su estado; la habia recogido en su casa; considerándola como si fuera la hija que acababa de perder para siempre en aquellos dias.

Ahora suplico á V. prosiguió me haga el favor de aceptar desde hoy una peseta diaria que le señalo por toda su vida, para que no le falte á V. pan cuando no pueda trabajar.—

Los ojos de aquel agradecido hombre se humedecieron ante esta oferta generosa.

La entrevista terminó de un modo satisfactorio para ambos.

Los novios llevaron á su lado á la buena por-

tera Mercedes, pues Virginia la consideraba como madre suya.

Mercedes se esforzaba en complacer á la madre de Aurelio que ya había regresado de París á donde había ido por una temporada, y vivía con ellos siendo para aquella señora una excelente doncella.

X.

Aurelio y Virginia iban frecuentemente á visitar el sepulcro de Filomena.

Al pasar un día por la puerta del cementerio genrral del Norte, vieron salir de allí el fúnebre cortejo, de apariencia pobre, que denotaba haber acompañado un cadáver.

Un carro rodeaba á una mujer que lloraba desconsoladamente.

Virginia, movida por la natural curiosidad que inspira todo acontecimiento desgraciado, se acercó al grupo y se enteró de que del Hospital general habían llevado á enterrar á un ciego que había muerto allí de resultas de un golpe que recibiera en la cabeza al caer en la calle y que en el momento de depositarlo en el hoyo

grande (terrible sitio del cementerio general del Norte), aquella pobre mujer que había podido introducirse hasta allí, había reconocido en él, al verlo, á un antiguo amo suyo llamado Don Alvaro Peñaranda, por el cual tanto lloraba.

Virginia tambien lloró entónces, á pesar de que aquel hombre que acababan de enterrar en el hoyo grande, era el mismo que la había dejado en la miseria y espuesta á los mayores infortunios gastando el no pequeño capital que el padre de ella le entregó al morir.

Acércóse después á la afijida mujer y le ofreció su casa para cuando se le ocurriera.

A los pocos dias de estos últimos sucesos, Aurelio entregaba á la antigua criada de D. Alvaro, los seis mil reales que éste había dado en Lisboa á su padre para librarlo de soldado, pues aunque en justicia correspondían á Virginia como pequeña remuneracion de lo mucho que aquel le había usurpado, prefirió, sin embargo, que los disfrutára dicha criada imponiéndole la única obligacion de que todos los dias oyera misa y orara por el alma de su pobre amo.

El bienestar de aquella anciana quedó asegurado para mientras viviera por la generosidad y cariño de Virginia y Aurelio.

La satisfaccion que éstos experimentan cada vez que hacen una obra de caridad, contibuye á aumentar la dicha que disfrutan sin que la menor nube ennegresca el cielo de su felicidad.

Por eso todos los días bendicen á la Providencia, que de un modo invisible ampara y sostiene al que con fé avanza por el escabroso sendero de la vida.

... of the ...
... of the ...
... of the ...